

CAPÍTULO X.

LA BELLA TERESA.

Se comprende muy bien que los acontecimientos que acabamos de referir, engalanados y aumentados por la poesía bretona, divulgados por la charla parisiense, hicieron á Pedro Herbel tal reputación de valor y de prudencia, que le colocaron prontamente en primera línea entre sus compañeros, los que eran con tanto más gusto compañeros suyos cuanto que sabían todos que pertenecía no sólo á una de las primeras familias de Bretaña, sino de Francia.

Durante los pocos años de paz que siguieron al reconocimiento por Inglaterra de la independencia de sus colonias americanas, Pedro Herbel, para no perder el tiempo, hizo, como segundo y como capitán en buques de comercio, un viaje al golfo de Méjico y dos á la India, uno á Ceylán y otro á Calcuta.

Resultó de aquí que cuando la guerra volvió á empezar con más violencia que nunca en 1794 y 1795, Pedro Herbel solicitó de la Convención un despacho de capitán, que en virtud de sus pasados servicios le fué concedido sin dificultad.

Hubo más: como Pedro Herbel era conocido por su desinterés y por el odio enteramente nacional que profesaba á los ingleses, se le autorizó para armar su corbeta ó su brick como quisiera.

Le fué abierto un crédito de quinientos mil francos á

este efecto, y se dió orden al arsenal de Brest para que pudiera tomar en él libremente el capitán Pedro Herbel las armas y municiones que creyese necesarias y convenientes para el armamento y abastecimiento de su buque.

Había entonces en las canteras de Saint-Malo un lindo brick de quinientas ó seiscientas toneladas, cuya construcción había seguido con vivo interés el capitán Pedro Herbel, diciendo para sí:

El hombre que tenga suyo propio un buque semejante, con doce hombres de tripulación en tiempo de paz para hacer el comercio del indigo y la cochinilla, y ciento cincuenta en tiempo de guerra con los ingleses, puede con razón llamar primo al rey de Francia.

Cuando Pedro Herbel tuvo su nombramiento, su crédito de quinientos mil francos y su permiso para armarse en la rada de Brest, volvió á pasear con más asiduidad, con más afán que nunca, alrededor del dique, en que como una flor marina se iba levantando la *Bella Teresa*.

Pedro Herbel había bautizado al encantador brick con el nombre de la joven á quien amaba.

No tardó mucho en cerrar el trato: compró en nombre del Gobierno el brick á los constructores, y pudo por consiguiente dirigir el resto de su construcción, es decir, su arboladura y jarcia.

Jamás un padre tuvo con su hija única, cuando ésta va á hacer su primera comunión, las coqueterías que Pedro Herbel tuvo con su brick.

Midió el largo y el grueso de los mástiles y vergas; compró por sí mismo en el mercado de Nantes la lona destinada al velamen; hizo clavar á su vista el cobre destinado á forrarla, é hizo pintar su carena de un verde obscuro que hacía que á cierta distancia se confundiera

el casco con las olas en que parte de él iba sumergido.

Hizo abrir doce portas á cada lado y dos en la popa: después, cuando estuvo concluido este trabajo preparatorio, calculó el peso que iba á añadir al peso ordinario del brick, lo reemplazó con un peso de lastre igual, y corriéndose por la costa de la Bretaña como un ave marina que ensaya su primer vuelo, dobló el cabo del Sillón, pasó entre la isla de Bas y San Pol de León, dobló el cabo Renán y entró en el puerto de Brest llevando en pos de sí tres ó cuatro buques ingleses, como una joven lleva en pos de sí tres ó cuatro enamorados.

En efecto, era una linda presa la *Bella Teresa*. Pero la *Bella Teresa* era virgen y venia casualmente á Brest á buscar con qué guardar su virginidad.

Preciso es decir que desde el punto de vista de defensa, su capitán nada escaseó. Recibió en su entrepuente veinticuatro cañones de á doce que miraban seriamente por babor y estribor, y además dos cañones de á veinticuatro, que fueron colocados en la proa, para el caso en que, viéndose empeñada en una mala partida, se viera obligada á largar trapo, y al escapar pudiera, como aquellos partos de terrible memoria, lanzar su doble flecha.

Y sin embargo, cuando era necesario que no se viese en la *Bella Teresa* más que un honrado buque mercante ocupándose en sus negocios comerciales, ningún barco tenía una marcha más virginal que la suya.

Entonces sus veinticuatro cañones de á doce daban un paso atrás; sus dos cañones de á veinticuatro metían su cuello en el entrepuente, flotaba inofensivo en su asta-bandera el pabellón de paz, una banda de tela del mismo color que su carena se extendía sobre la línea de las por-

tas, que se convertían entonces simplemente en aparatos respiratorios.

Sus ciento y cincuenta hombres de tripulación se acostaban en el entrepuente y los ocho ó diez marineros que bastaban para la maniobra del brick se instalaban perezosamente sobre el puente, ó por gozar de un aire más fresco subían á las gavias, ó si no; caprichos de marineros! se divertían en cabalgar sobre las vergas de los dos sobrejuanetes, y desde allí daban noticias á sus compañeros de lo que pasaba en las ocho ó diez leguas que formaban ese horizonte circular que un buque descubre alrededor de sí, desde el momento en que no hay más que el Océano bajo su quilla y sobre sus mástiles el cielo.

Con esta marcha pacífica caminaba el brick la *Bella Teresa* sus seis millas por hora en una bella mañana del mes de Septiembre de 1798 entre la isla de Borbón y los islotes Amsterdam y San Pablo, es decir, en ese gran surco marítimo que se extiende desde el extremo de la Sonda á Tristan de Acunha, y por el cual pasan naturalmente cuantos buques que para volver á Europa tienen que doblar el cabo de Buena Esperanza.

Tal vez se nos observará que seis millas por hora es muy poco caminar; pero nosotros contestaremos que la brisa era suave, que el buque maldita la prisa que parecía tener, y que en vez de caminar con todo el aparejo, se contentaba con desplegar sus gavias, su mesana y el foque mayor.

En cuanto á las otras velas, como la bergantina, la trinquetilla, la mayor redonda, los juanetes y sobrejuanetes y demás, las guardaba á lo que parece para mejor ocasión.

De pronto una voz que parecía bajar del cielo gritó:

— ¡ Ah ! ¡ de abajo !

— ¡ Hola ! respondió sin dejar el juego el contra maestre que jugaba á las cartas con el timonel ; ¿ qué hay ?

— Una vela.

— ¿ Qué rumbo lleva ?

— El mismo que nosotros.

— ¡ Eh !... dijo el contra maestre continuando su juego : prevenid al capitán

— ¡ Ah ! ¡ una vela ! ¡ una vela !

Todos los marineros dispersos ya sobre el puente, en las escalas ó en las vergas, repitieron este grito.

En efecto : una ola levantando el buque que aparecía en el horizonte, acababa de hacerle visible para todos los marinos, cuando un simple pasajero no hubiera creído ver en él más que un ave volando sobre la superficie del mar.

Al grito de : ¡ una vela ! un joven de veintiséis á veintiocho años saltó sobre el puente.

— ¡ Una vela ! gritó á su vez.

Los marineros que estaban sentados se levantaron ; los que tenían el sombrero puesto se lo quitaron.

— Sí, capitán, una vela, respondieron á una voz los marineros.

— ¿ Quién está allá arriba ? preguntó.

— El parisiense, respondieron dos ó tres voces.

— ¡ Eh ! parisiense, gritó el capitán, ¿ continúas teniendo buena vista ó quieres que te suban mi antejo ?

— Es inútil, capitán, respondió el parisiense ; veo desde aquí la hora que es en el reloj de las Tullerías.

— ¿ Entonces podrás conocer qué clase de buque es ése ?

— Es un gran bergantín que debe montar ocho ó diez dientes más que nosotros, y que nos ciñe el viento para dirigirse sobre nuestro buque.

— ¿ Con qué trapo navega ?

— Con los juanetes, las gavias, la vela de mesana, los focos y la bergantina.

— ¿ Nos ha divisado ?

— Es probable, porque larga la mayor redonda é iza los sobrejuanetes.

— Prueba de que quiere hablarnos, dijo una voz junto al capitán.

El capitán se volvió para ver al que se permitía mezclarse en su conversación.

Reconoció á uno de sus marineros favoritos ; á Pedro Berthaut, hijo del viejo Berthaud, que diez años antes le había recogido fugitivo en el puerto de Beaumont.

— ¡ Ah ! ¿ eres tú, Pedro ? dijo riéndole y dándole un golpe amistoso en el hombro.

— Yo soy, capitán, contestó el joven respondiendo á la sonrisa de aquel con otra sonrisa y enseñando á la par una doble fila de magníficos dientes.

— ¿ Conque crees tú que quiere hablarnos ?

— Pardiéz, así parece.

— Está bien, muchacho ; ve á prevenir al jefe de batería que tenemos una vela sospechosa á la vista, á fin de que esté prevenido.

Pedro desapareció por una escotilla.

El capitán había vuelto á levantar la cabeza.

— ¡ Eh ! ¡ parisiense ! dijo.

— Capitán.

— ¿ Qué marcha tiene el buque ?

— Completamente militar, capitán, y aunque sea imposible ver su pabellón, apostaría que es un *goddem*.

— ¿ Lo oís, camaradas ? ¿ Hay alguno entre vosotros que tenga gana de dar una vuelta por los pontones ?

Cinco ó seis marineros que habían ya disfrutado de la hospitalidad inglesa respondieron á una sola voz :

— ¡ Yo no ! ¡ yo no !

— ¡ Pues bien ! vamos á ver desde á bordo lo que nos quiere ese señor que viene allá abajo, y cuando estemos seguros de sus intentos, le haremos conocer los nuestros. Largad todo el trapo de la *Bella Teresa* para mostrar á ese inglés lo que saben hacer los hijos de Saint-Malo.

Apenas el capitán había dado la orden, cuando el buque que caminaba, como ya lo hemos dicho, con las gavias, la mesana y el foque, largó como una doble nube la luna de sus sobrejuanetes, después la mayor redonda y al propio tiempo que ésta la trinquetilla y la bergantina.

Entonces recibiendo la brisa en todas sus velas el brick pareció estremecerse desde la quilla hasta la punta de los mástiles, é inclinándose hacia adelante hundió la proa en las olas como un vigoroso labrador hunde el arado en el surco.

Hubo entonces un momento de silencio como si los ciento sesenta hombres que montaban el brick fuesen de mármol, y no se oyó más que el silbido del viento al henchir las velas y el quejido que lanzaba al romperse en la jarcia.

Durante este momento de silencio Pedro Berthaut había vuelto al lado del capitán.

— ¿ Qué hay ? preguntó Herbel.

— Está hecho, capitán.

— ¿ Continúan las portas cubiertas ?

— Ya sabéis que es necesaria una orden personal vuestra para descubrirlas.

— Está bien : cuando llegue el momento oportuno, se dará.

Vamos á dar la explicación de estas últimas líneas no muy comprensibles tal vez para el lector.

El capitán Pedro Herbel no sólo era un original, como lo prueba la elección de su carrera, sino que también tenía carácter caprichoso. Á primera vista, salvo algunas particularidades que para ser descubiertas necesitaban la vista ejercitada de un marino, la *Bella Teresa* presentaba un aspecto tan pacífico como encantador era su nombre.

Así que, fuera de sus perfiles un poco salientes, y que hubieran podido dar lugar á creer que salía de los diques de Nueva York ó de Boston, ó bien que en lugar de un cargamento de indigo ó de cochinilla, llevaba lo que en el argot negrero se llama un cargamento de madera de ébano, nada revelaba en ella su aire solapado y su carácter pendenciero.

Había más : sus cañones, cuidadosamente ocultos en el entrepuente, no se hubieran atrevido por nada del mundo á mirar por las portas. Hasta estos mismos cañones iban cubiertos con una larga banda de tela pintada del mismo color que el casco del buque. Es verdad que en el momento del combate esta banda de tela se levantaba como una decoración de teatro al oír el silbido, y dejaba ver una franja de un rojo vivo, en cuyas soluciones de continuidad, los cañones, ansiosos de tronar, alargaban voluptuosamente su cuello bronceado.

Entonces, como el capitán Pedro Herbel era el único que había tenido esta jovial idea, el inglés sabía que tenía que habérselas con un hombre, que no teniendo costumbre de pedir cuartel, tampoco lo concedía.

Con estas felices disposiciones esperaban que el buque que tenían á la vista les informase por sí mismo de ellas.

Éste no sólo había desplegado todas sus velas, sino que se habían visto subir como dos pequeñas nubes de vapor sus periquillos, de modo que no había en el buque un pedazo de lona que no estuviera utilizado.

— Ahora, dijo Pedro Herbel, no nos ocupemos más de él: yo me comprometo á llevarlo así desde aquí á Saint-Malo sin que nos aventaje una pulgada. Cuando queramos que nos alcance nos alcanzará.

— Pero, dijeron tres ó cuatro marineros, más vivos de genio que los demás, ¿por qué no les esperamos, capitán?

— ¡Diablo! eso á vosotros os toca decidirlo: tanto me lo podéis suplicar, que me sea imposible el negároslo.

— ¡Muera el inglés! ¡Viva la Francia! gritó á una toda la tribulación.

— ¡Bien, muchachos, bien! dijo el capitán Herbel; eso se queda para luego, para los postres. Comamos ahora, y en vista de la solemnidad del día, dése á cada cual doble ración de vino y una copa de ron.

Un cuarto de hora después, todo el mundo estaba sentado á la mesa y comía con tan buen apetito, como si para muchos de los comensales aquel banquete, como el de Leonidas, no hubiera de ser el último.

CAPÍTULO XI.

LA BELLA TERESA (CONTINUACIÓN).

La comida fué deliciosa; recordó al parisiense los más felices días de su infancia, y en nombre de los compañeros

y previo el permiso del capitán, rogó á su camarada el marinero Pedro Berthaut, apellidado Monte-Haubán, que entonara una de esas canciones marítimas que tan bien cantaba, y que como el terrestre *Ca-ira* era un término medio entre la *Marsellesa* y la *Carmañola*.

Pedro Berthaut, llamado Monte-Haubán, se levantó sin hacerse de rogar, y entonó con voz sonora como una trompeta, una canción destartalada y terrible, cuya música sentimos ignorar, y cuyas palabras no nos son tampoco conocidas.

Digamos de una vez, para ser verdaderos, que por muy grande que fuera el placer que la tripulación en general y el parisiense en particular experimentasen al oír este canto pintoresco, la impaciencia se mostró de tal modo, que el capitán se vió obligado á imponer silencio á aquellos *dilettanti* á fin de que el artista concluyese su octava copla.

Se recordará que Pedro Berthaut, era el favorito del capitán.

El capitán no quería que se cometiese con él la impolítica de no escucharle.

Pedro Berthaut, gracias á la protección dispensada por el capitán, cantó, no sólo la octava, sino la novena y la décima copla.

Al llegar aquí se detuvo y calló.

— Se acabó, capitán.

— ¿Del todo? preguntó Pedro Herbel.

— Del todo.

— Es que no debes callar si hay otras coplas, tenemos tiempo bastante para oírlas.

— No hay más, capitán.

El capitán miró en derredor suyo.

— ¿Dónde está el parisiense? preguntó en alta voz.

Y viendo que nadie respondía, añadió:

— ¡Eh, parisiense!

— ¡Presente! capitán, en mi puesto; sobre las vergas de los sobrejuanetes.

En efecto, acabado el canto, el parisiense, con la agilidad de un mono, se había encaramado de nuevo á lo que él llamaba su puesto.

— ¿Dónde estábamos de nuestra inspección cuando la interrumpimos para comer?

— Tenía el honor de deciros, capitán, que el brick tenía aspecto completamente militar, y que olía á *goddem* desde una legua.

— ¿Qué más ves?

— Nada; se conserva siempre á la misma distancia.

— Pero si tuviera un antejo...

— Ve á llevar esto al parisienne, Cascanueces, dijo.

Y al decir esto puso su antejo en manos de un grumete, dándole de paso un puntapie como para aumentar su agilidad.

Cascanueces se lanzó á los obenques.

Si el parisiense había subido con agilidad, Cascanueces, preciso es hacerle esta justicia, parecía un relámpago.

Llegó al vigía y le entregó el instrumento que había pedido.

— ¿Me permitis que me quede con vos, señor parisiense? preguntó el grumete.

— ¿Te lo ha prohibido el capitán? preguntó éste.

— No, dijo el muchacho.

— Entonces, todo lo que no está prohibido está permitido.

El muchacho se colocó en la punta de la verga como un groom camina á la grupa del jinete.

— Vamos, preguntó el capitán, ¿te aclara eso la vista?

— Lo veo tan perfectamente como si estuviera all mismo.

— ¿Una ó dos filas de dientes?

— ¡Una! ¡pero soberbia quijada, á fe mia!

— ¿Cuántos dientes?

— Treinta y seis.

— ¡Diablo! diez más que nosotros.

Se recordará que la *Bella Teresa* montaba veinticuatro cañones y dos en la popa que hacían veintiséis.

Sólo que los dos de popa eran los que el capitán llamaba sus sorpresas, atendido que tenían doble calibre que los demás.

Así que, cuando un brick que montaba veinticuatro, después de haber examinado por babor y estribor á la *Bella Teresa*, se había convencido de que no tenía ni más ni menos que él y lleno de confianza se lanzaban á dárla caza, la *Bella Teresa* se dejaba cazar, y como el capitán conocía á una toesa cerca el alcance de una bala, dejaba al brick enemigo que se adelantase hasta el alcance de sus piezas de popa, y entonces corriendo el viento comenzaba lo que él llamaba su juego de quillas.

Y como Pedro Berthaut era un excelente artillero y estaba encargado particularmente de apuntar las dos piezas de treinta y seis, en tanto que apuntaba una cargaban la otra, y el capitán Herbel tenía el placer de ver sucederse sin interrupción los disparos y dar las balas en el casco ó el velamen del buque enemigo según que le daba la gana de decir:

— Más alto, Pedro.

- Ó bien, más bajo, Pedro.
- ¿Oís? dijo el capitán á los marineros.
- ¿Qué, capitán?
- Lo que dice el parisiense.
- ¿Qué dice, capitán?
- Dice que el inglés monta diez dientes más que nosotros.
- ¿Y nuestros dos colmillos, capitán, no los contáis para nada?
- Según eso, muchachos, sois de parecer de que no debemos ocuparnos de esos diez dientes más?
- De nada absolutamente, no nos cuidamos de nada, dijo Pedro Berthaut.
- Está bien, dijo el capitán, pero antes de nada sepamos con quién nos las habemos.
- Y volviéndose al parisiense añadió:
- ¡Eh! ¡parisiense! Tú que conoces todos los buques de esos perros herejes, como si fueras su padrino de pila ¿puedes decirme el nombre de éste?
- El parisiense llevó el antejo á la altura conveniente y examinó el brick con una atención que probaba cuán grande era su deseo de corresponder á la confianza del capitán: después cerró el antejo como si nada tuviera ya que ver y exclamó:
- Capitán, es la *Calipso*.
- ¡Bravo! dijo Pedro Herbel. Vamos, muchachos, vamos á consolarla de la partida de Ulises.
- La tripulación, tomando aquellas palabras al pie de la letra, no comprendía muy bien lo que quería decir su capitán: ninguno de ellos había leído el *Telémaco*, pero conocieron que debía ser alguno de aquellos chistes salvajes que su capitán tenía costumbre de decir cuando pensaba enredarse con algún buque enemigo.

Acogió, pues, las palabras del capitán con un ¡hurra! que recordaba algunos de aquellos que fueron lanzados en el *forum romano*.

Otro que este rudo marino hubiera dudado largo tiempo antes de empeñarse con un contrario un tercio más fuerte que él; pero la superioridad del buque enemigo causaba por el contrario al capitán esa satisfacción que todo hombre valeroso siente al medirse con un adversario digno de él.

Quando el hurra se apagó, el capitán, mirando con satisfacción todos aquellos rostros bronceados, todos aquellos ojos llameantes, todos aquellos brazos impacientes que le rodeaban:

- Por última vez, dijo, ¿estáis bien decididos?
- Sí, sí, respondió la tripulación á una voz.
- ¿Os defenderéis hasta morir?
- ¡Hasta morir! exclamaron de todos lados.
- ¡Y hasta más allá! exclamó el parisiense desde su cabalgadura.

— Entonces, hijos míos, vamos allá de todo corazón. Izad el pabellón tricolor en la punta del mástil, y no perdamos de vista lo que va á suceder.

Obedecieron al capitán: el pabellón de guerra se desplegó en el aire como el arco iris, y todas las miradas se volvieron hacia el buque enemigo.

Apenas el pabellón francés flotó en el viento, el inglés, aceptando el duelo, desplegó también el suyo.

Sólo que el brick inglés aseguró el pabellón de la Gran Bretaña con un cañonazo.

La *Bella Teresa* conservaba siempre la banda que ocultaba su batería y conservaba la apariencia modesta é inofensiva que convenia á una simple viajera comercial.

— Ahora que ya hemos visto, dijo Pedro Herbel, escuchemos.

La tripulación de la *Bella Teresa* escuchó, y aunque estaban todavía á gran distancia, una ráfaga de viento la llevó el ruido del tambor que tocaba el zafarrancho de combate á bordo del buque enemigo.

— ¡ Bueno ! dijo Pedro Herbel, no tendremos que acusarlas de querernos ocultar sus intentos. Vamos, muchachos, hagamos conocer los nuestros á maese John-Bull, y mostrémosle que si no tenemos tantos dientes como él, no estamos sin embargo desprovistos de tan bello adorno.

Apenas habo dado esta orden, la tela que cubria la batería de la *Bella Teresa* desapareció como por encanto, y la *Calipso* pudo á su vez contar en cada uno de los costados de la *Bella Teresa* doce piezas de á diez y ocho que asomaban por otras tantas portas su cuello alargándolo voluptuosamente.

En seguida Cascanuecés, que unia á las importantes funciones de grumete las de pifano, se deslizó de verga en verga, y se halló en el puente al mismo tiempo que el tambor con los palillos levantados esperaba la señal del capitán para dar el primer acorde en su melodioso instrumento.

El capitán hizo la señal.

Inmediatamente resonó el zafarrancho de combate á bordo de la *Bella Teresa*; el tambor recorrió el puente en toda su longitud, entró por la escotilla de proa y salió por la de popa, acompañado siempre de Cascanuecés, que habia encontrado medio de acompañar el zafarrancho con variaciones del aire nacional *Buen viaje, Mr. du Mollet*.

Los primeros sonidos del pifano y del tambor produjeron un efecto mágico.

En un momento se halló cada cual en el puesto que ocupaba en semejantes circunstancias, armado con sus armas.

Los gavieros se lanzaron sobre las vergas armados con sus carabinas.

Colocáronse los que estaban armados con fusiles en las baterías y pasamanos.

Desarmáronse los cañones y fueron puestos en batería.

Hiciéronse provisiones de granadas en todos los puntos desde donde podían lanzarse contra el puente del buque enemigo.

Por fin el contramaestre hizo barrer el puente, aclarar las escotas é izar en su sitio los garfios para el abordaje.

Esto pasaba sobre cubierta.

Bajo cubierta, es decir, en el interior del buque no era menor la actividad.

Fueron abiertos los paños de la pólvora.

Encendidos los faroles de las baterías.

Dispuestas las bombas.

Formóse un grupo de infantes; eran los marineros más vigorosos y forzados de la tripulación de la *Bella Teresa*; cada cual estaba armado con el arma que más le placía.

Este una hacha.

Aquel un arpón.

El otro una lanza.

El de más allá un alfanje.

Hubiérase dicho que era un grupo de gigantes llevando cada cual un trozo de un arma desconocida ya, que habiéndose usado en los tiempos titánicos, no habia vuelto á verse desde los fabulosos días de Anteo, de Encelado y de Gerión.

El capitán Herbel, con las manos en los bolsillos de su

traje de terciopelo, como un elegante mercader de Saint-Malo, paseándose por la playa en domingo para revistar al buque, repartiendo entre cada grupo señales de satisfacción y repartiendo largamente tabaco de un inmenso chicote cuya cabeza, como la de una serpiente, salía del bolsillo de su traje.

Cuando concluyó la revista, dijo:

— Hijos míos, ya sabéis que es probable que un día u otro me case.

— No, capitán, respondieron los marineros, no sabemos eso.

— Pues bien, os lo participo.

— Gracias, capitán, contestó la tripulación: ¿y cuándo es la boda?

— En cuanto á eso no sé nada de cierto todavía; pero sí, hay una cosa que sé.

— ¿Cuál, capitán?

— Que si me caso, seguramente Mad. Herbel tendrá un niño en el primer año.

— Lo creemos, capitán, dijeron riendo los marineros.

— Pues bien, os prometo, muchachos, que el segundo que salte sobre el puente de la *Calipso*, será el padrino de ese muchacho.

— ¿Y el primero? preguntó el parisiense.

— Al primero, respondió el capitán, le abriría la cabeza de un hachazo: donde yo estoy nadie pasa antes que yo: y teniendo esto bien entendido, hijos míos, cargad ahora la mayor redonda, la bergantina y la trinquetilla, pues de lo contrario, dudo mucho que el inglés pueda acercárenos para que podamos entablar conversación con él.

— ¡ Bueno! dijo el parisiense, veo que el capitán quiere jugar á las quillas. Á tu puesto, Pedro Berthaut.

Pedro Berthaut miró al capitán para ver si debía tomar como una orden la invitación del parisiense.

Herbel hizo una señal con la cabeza.

— Decidme, capitán, preguntó Pedro Berthaut.

— ¿Qué hay, Pedro?

— ¿Tenéis algo que os desagrada respecto á Luisa Paillón?

— No: ¿por qué?

— Porque espero que á nuestra vuelta, no sólo será mi mujer, sino que será también la madrina de vuestro hijo.

— ¡Ambicioso! dijo el capitán.

En un abrir y cerrar de ojos fueron cargadas las velas señaladas por el capitán, y Pedro Berthaut, colocado en su puesto, acariciaba sus dos piezas de á treinta y seis, como un pachá hubiera acariciado sus dos sultanas.

CAPÍTULO XII.

EL COMBATE.

Como desde este momento el brick francés cejó en su marcha y la del brick inglés continuó siendo la misma, la distancia que separaba del navío cazado al que le daba caza, comenzó á disminuir gradualmente.

El capitán estaba sobre su banco de cuarto, y parecía medir la distancia con un compás.

Sin embargo, por gran prisa que tuviera de comenzar lo que él llamaba su juego de quillas, no fué él quien comenzó el fuego.

Sin duda el capitán del brick enemigo no poseía el sentimiento de la apreciación de la distancia en tan alto grado como el de la *Bella Teresa*, porque se la vió cargar ciertas velas, de modo que la *Calipso* en vez de su proa presentaba uno de sus costados.

En el mismo instante una banda de humo se extendió á lo largo de las portas, y antes que se oyera la detonación de sus diez y ocho piezas de á treinta y seis, una lluvia de balas vino á caer en la mar á distancia de tres ó cuatro cables de la *Bella Teresa*.

— Parece que nuestros amigos los ingleses tienen pólvora y balas de sobra, dijo el capitán Herbel: seremos más económicos que ellos, ¿no es verdad, Pedro?

— ¡Diablo! ya sabéis, capitán, contestó el marinero, que eso es á gusto vuestro. Cuando mandéis empezar, comenzaremos.

— Entonces dejémosle avanzar algunas brazas, tenemos tiempo todavía.

— Sí, dijo el parisiense; además luego hay luna. Decidme, capitán, debe ser magnífico un combate á la luz de la luna; deberíais obsequiarnos con eso que no es una cosa común.

— ¡Buena idea! ¿te agradaría de veras eso, parisiense?

— Palabra de honor de que os lo agradecería en extremo.

— Vaya, dijo el capitán, preciso es hacer algo por los amigos.

Y sacó el reloj.

— Son las cinco de la tarde, muchachos, les dijo: vamos á entretener á la *Calipso* hasta las once; á las once y cinco minutos la abordaremos, á las once y cuarto la

habremos tomado, á las once y media cada cual estará en su hamaca: la *Bella Teresa* es una señorita bien educada y que se acuesta temprano aun en los días de baile.

— Tanto más, replicó el parisiense, cuanto que á las once y media todos los bailarines tendrán ya hormiguillo en los pies.

— Capitán, dijo Pedro Berthaut, mi mano no puede estar ya quieta.

— Pues bien, respondió Pedro Herbel, envíale una ó dos balas, pero te declaro desde ahora que esas dos balas son por tu cuenta y no por la mía.

— Bueno, dijo Pedro Berthaut, ello dirá.

— Espera un momento, Pedro, espera un momento, para que el parisiense nos diga qué es lo que hacen por allá abajo.

— Al momento vais á saberlo, capitán, dijo el parisiense subiéndose á las gavias, pues en esta ocasión ambos buques estaban ya á tal distancia, que no era menester se encaramase á la verga del sobrejuanete.

— ¿Hermana Ana, no ves nada? preguntó el capitán.

— Veo la mar verdosa, dijo el parisiense, y el pabellón de S. M. Británica agitado por la brisa.

— ¿Y entre la mar y el pabellón? preguntó el capitán.

— Veo á cada cual en su puesto, los artilleros en las baterías, los soldados de marina en las platabandas, y por fin al capitán que va á hablar con su bocina.

— ¡Ah! parisiense, qué desgracia que no puedas oír para repetirnoslo lo que va á decir.

— Escuchad vos mismo, capitán, y lo sabréis.

Apenas el parisiense había pronunciado estas últimas palabras, dos relámpagos salieron de la proa del brick enemigo; oyóse una detonación y dos balas vinieron á caer en

la estela que iba dejando en el mar la quilla de la *Bella Teresa*.

— ¡ Ah ! ; ah ! parece que es un paso á cuatro. Pedro, vamos allá, que el caballero dé la mano á la señora, y adelante dos, Pedro, adelante dos.

Apenas había pronunciado el capitán las últimas palabras, Pedro Berthaut, después de haberse inclinado un momento sobre la pieza, se levantó y acercó por si mismo la mecha.

Salió el tiro.

Hubiérase dicho que el capitán seguía la línea trazada por la bala en el aire.

La bala fué á incrustarse en la proa del brick enemigo.

Casi en el mismo momento se oyó la segunda detonación, y la segunda bala siguió á la primera tan rápidamente que se hubiera podido creer que corría tras de ella.

— Esto vale más, exclamó Pedro Berthaut contento al ver saltar un enorme trozo de madera de la proa del brick inglés. ¿ Qué os parece, capitán ?

— Que pierdes el tiempo, amigo Pedro.

— ¿ Cómo que pierdo el tiempo ?

— Sin duda. Cuando le hayas metido veinte balas en el cuerpo, habrás dado que hacer al carpintero, hé aquí todo. ¡ Al cuerpo, vive Dios ! ; á la cabeza ! Apunta á los mástiles, rómpete las piernas, quíbrale las alas : los palos y la lona le son más preciosos en este momento que la carne.

Durante este diálogo la *Calipso* continuaba ganando terreno sobre la *Bella Teresa*. Hizo fuego con sus dos cañones de proa, y una de sus balas vino á morir á tiro de pistola de la popa del brick, en tanto que la otra soslayándose rebotaba en el costado de la *Bella Teresa* y caía al agua después de haber señalado apenas su huella en el cobre.

— Mirad, capitán, dijo Pedro Berthaut tendiéndose sobre una de las piezas, creo que estamos á buena distancia, y si os parece trataremos de mantenernos en ella.

— ¿ Y qué quieres que se haga para conseguirlo ?

— Largar otra vez todas las velas de la *Bella Teresa*. ¡ Oh ! como yo pudiera atender á la vez al timón y á mis piezas, os respondo de que no nos habían de tocar á un hilo del aparejo.

— Largad la mayor redonda, la trinquetilla y la bergantina, gritó el capitán Herbel al mismo tiempo que Pedro Berthaut aplicaba la mecha y disparaba.

Esta vez la bala pasó por encima del casco del buque y rompió la punta de la verga mayor.

— Eso es lo que llamamos una dentellada, dijo Herbel. Vamos, Pedro, diez luses de prima para gastar con los camaradas la primera vez que hagamos arribada si rompes el palo de mesana ó el palo mayor por entre las dos gavias.

— ¡ Hurra por el capitán ! gritó la tripulación.

— ¿ Está permitido el usar de balas enramadas ? preguntó Pedro.

— Pardiez, haz lo que se te antoje.

Pedro Berthaut pidió al contramaestre los proyectiles que necesitaba, y éste le hizo traer una pila de ellos, enlazados de dos en dos con una cadena.

Como la segunda pieza estaba cargada, Pedro Berthaut apuntó y disparó.

La bala agujereó la vela de mesana y la mayor á medio pie del mástil.

— Vamos, vamos, dijo Pedro Herbel, esa ya lleva alguna intención.

Toda la tripulación se había acercado á la popa.

Una parte de los marineros para ver mejor el espectáculo se había subido á los obenques.

Los marineros sentados en las vergas se mantenían tan tranquilos como si estuviesen en palco de proscenio para ver una función en un teatro.

Pedro Berthaut hizo cargar las dos piezas con los nuevos proyectiles.

— ¡ Capitán ! gritó el parisiense.

— ¿ Qué hay, ciudad de Mouffetard ?

— Hay que están ocupados en trasladar un cañón de la popa á la proa y los dos de ésta á aquélla.

— ¿ Y qué piensas tú de eso, parisiense ?

— Pienso que se han cansado de recibir naranjas y volvernos cerezas y que vamos á tener que habérmolas con anisillos de treinta y seis.

— ¿ Lo oyes, Pedro ?

— Sí, capitán.

— ¡ Pedro, diez luises !

— Capitán, por mi honor mejor que por nada ; así pues juzgad vos mismo : ¡ fuego !

Y mandándose á sí mismo, Pedro acercó la mecha al oído, y un enorme desgarrón apareció en las velas del brick inglés.

Casi en el mismo instante la *Calipso* respondió con una detonación semejante, y una bala llevándose la extremidad de la verga de la gavia mayor, partió en dos uno de los hombres que estaban en los obenques.

— Mira, Pedro, ¿ vas á dejar que nos traten de esta manera ? preguntó el parisiense.

— ¡ Mil rayos ! parece que también ellos tienen piezas de á treinta y seis. Aguarda, parisiense, aguarda y verás.

Esta vez, Pedro Berthaut apuntó con particular aten-

ción, y levantándose rápidamente después de haber apuntado, aplicó la mecha al cebo, todo en menos que se tarda en decirlo.

Esta vez nada se vió, pero se oyó un ruido espantoso.

El palo mayor del brick inglés vaciló un momento, como si no supiera á qué lado inclinarse, si hacia atrás ó hacia adelante ; por fin se inclinó hacia la proa, y tronchado por bajo de la gavia mayor, cayó sobre el puente ; la cadena del proyectil lo había cortado por la mitad.

— Á fe mía, Pedro, dijo el capitán Herbel gozoso, que has ganado famosamente tus diez luises.

— ¡ Á beber á la salud del capitán ! gritó la tripulación.

— Ahora, dijo Herbel, la *Calipso* es nuestra como si nos la hubieran regalado ; sólo que esperaremos á la luna para pasar á visitarla, ¿ no es verdad, parisiense ?

— Creo que es lo más prudente, respondió éste ; la noche está encima, y para lo que queda que hacer, no es malo saber dónde sienta uno el pie.

— Y yo os prometo, como seáis buenos muchachos, alegraros un poco esta noche con fuegos artificiales, añadió Herbel.

En efecto, era ya la hora del crepúsculo, y la noche avanzaba con esa rapidez particular de las latitudes tropicales.

Como la noche, hasta que saliera la luna, amenazaba ser bastante oscura, el capitán Herbel mandó para indicar bien á los ingleses que su intención no era largarse en la obscuridad, que izaran un par de fanales en los sobrejuanetes.

Izáronse los fanales.

El inglés, por su parte, en señal de que miraba la partida

sólo como empezada, colocó otro par de ellos como su adversario.

CAPÍTULO XIII.

EL COMBATE (CONTINUACIÓN).

Por ambas partes parecían esperar con igual impaciencia la salida de la luna.

Ambos buques habían arreglado sus velas de modo que pudieran mantenerse al paio ó poco menos.

Parecían, en medio de la obscuridad, dos nubes vagando sobre el mar; dos nubes terribles, que abrigaban en su seno la tormenta y el rayo.

Á las once salió la luna.

En el mismo instante una dulce claridad se esparció por la atmósfera, y la mar pareció convertirse en un lago de plata derretida.

El capitán Herbel miró su reloj.

— Muchachos, dijo, os he dicho que á las once y cuarto la *Calipso* sería nuestra, y que á las once y media estaríamos en nuestras hamacas; no tenemos pues tiempo que perder.

No nos ocupemos de lo que el enemigo haga: hará lo que le parezca; hé aqui lo que nosotros tenemos que hacer.

— ¡ Ha hecho Pedro Berthaut trasladar á la proa su atalaje ?

— Sí, capitán, dijo Pedro Berthaut.

— Marchemos recto sobre él. Pedro Berthaut le saluda

con sus dos sultanas. Bien: le enviamos nuestra andanada de babor, ¡ muy bien ! viramos inmediatamente, le abordamos, arrojamos los garfios de abordaje, y le enviamos la andanada de estribor. Perfectamente. Como ha perdido el palo mayor, y es tan lista como un cojo, nos manda su andanada de estribor: diez y ocho piezas de veinticuatro por veinticuatro de diez y ocho y dos de treinta y seis: hecho el saldo, nos resulta un beneficio de ocho cañonazos.

En seguida aferramos y lo demás queda á mi cargo.

Vamos, muchachos, adelante, y ¡ viva la Francia !

Un inmenso grito de ¡ viva la Francia ! pareció elevarse del seno del mar y anunciar á los ingleses que el combate iba á comenzar.

Al mismo tiempo la *Bella Teresa* maniobró para ganar el viento.

Resultó de aquí que aparentando al pronto alejarse de la *Calipso*, en un momento dado, y cuando sintió que tenía el viento de popa, orientó sobre su enemiga y cayó sobre ella como el águila del mar sobre su presa.

Lo que había más admirable en la tripulación de la *Bella Teresa* era la obediencia pasiva.

Si el capitán hubiera mandado navegar recto al famoso *Malestrüm*, ese abismo de las *Mil y una noches*, que devora los navios de tres puentes con la misma facilidad con que Saturno se tragaba los muchachos, el piloto hubiera enderezado el rumbo recto sobre el *Malestrüm*.

Lo que había sido mandado fué ejecutado á la letra.

Pedro Berthaut envió sus dos descargas á metralla, casi al mismo tiempo que la *Bella Teresa* recibía la andanada de babor de su enemiga; después tronó á su vez la andanada de babor de la *Bella Teresa*, y antes que la *Calipso* hubiera pensado, malparada como estaba, en virar para